



DON MANUEL DE SARALEGUI



# BOLETIN

DE LA

## REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

---

AÑO XIII. TOMO XIII.—OCTUBRE DE 1926.—CUAD. LXIV

---

### DON MANUEL DE SARALEGUI

Al reunirnos ahora después de las vacaciones, el único sentimiento que nos llena es, desgraciadamente, el de duelo.

En el curso pasado, don Manuel Saralegui había empeorado bastante de la enfermedad crónica que padecía, y aunque le dejamos restablecido al separarnos en junio, pronto se volvió a agravar y falleció el 20 de agosto. Su pérdida ha de ser por nosotros largamente sentida, como la de un querido compañero, la de uno de los más asiduos partícipes de nuestras tareas, lo mismo en el informe privado que en la discusión oral, o en el artículo y el libro.

Era, ante todo, don Manuel de Saralegui hombre dominado por una absorbente afición lexicográfica.

Marino de carrera, profesor en diversos centros de la armada, especialmente en la Escuela Naval Flotante, dedicó desde joven los ocios que le dejaba su profesión a estudiar el tecnicismo marineró. Como fruto de esta labor envió a nuestra Academia muchos cientos de notas destinadas a corregir y completar los vocabularios náuticos existentes. Y hay que advertir que estas notas no son, como las ordinarias que aquí solemos uti-

lizar, una sencilla cédula con la indicación sumaria de una enmienda o adición, y, a todo más, la cita de un autor en apoyo de lo propuesto. Las notas de Saralegui son amplias. Muchas forman un verdadero opúsculo que llena varios volantes de papel, documentadas con multitud de citas de nuestros escritores marinos.

Tan importante colección de notas, en que se depura esmeradamente el vocabulario náutico, fué utilizada por la Academia para la décimatercia edición del Diccionario publicada en 1899. Después, el señor Saralegui, que era nuestro correspondiente en El Ferrol desde 1894, continuó durante mucho tiempo enviando nuevas observaciones, no referentes ya sólo a la náutica, sino al lenguaje común, siempre autorizadas, como las anteriores, con mucha erudición, y discutidas con escrupulo.

Con estos trabajos colaboró Saralegui como correspondiente en nuestras juntas, así en las generales como en las de la Comisión del Diccionario, sin asistir a ellas, hasta que fué elegido individuo de número en diciembre de 1913, y tomó posesión en mayo de 1914.

Bien se vió entonces que no había servido a la Academia sólo para merecerla. Después de ingresar trabajó más, ensanchó su campo de estudio y destinó a la publicidad lo que antes destinaba sólo a la información privada. En nuestro *Boletín* y en otras revistas comenzó a publicar lo que él llamaba *Escarceos*, o sea notas sueltas sobre cuestiones lexicográficas. El estilo de estos artículos es de una soltura y animación que más parece el estilo de la palabra hablada que de la escrita; su tono es por lo común polémico y a menudo apasionado.

Como temperamento apasionado, Saralegui sentía con viveza, y lo que no sentía no lo quería comprender.

Maldecía humorísticamente de los filólogos: la filología estaba fuera de él; pero tenía muy adentro un vivo gusto lingüístico, el cual, al par que sus atentas lecturas, le guiaba siempre a formar opinión.

El criterio de Saralegui era el del más riguroso purismo. Una voz náutica de los diccionarios técnicos que no perteneciendo a su propia habla personal no fuese por él encontrada en Antonio de Ulloa, en Jorge Juan o en otro de sus clásicos en la materia, no sólo la juzgaba inaceptable, sino hasta inexistente, aborto de alguno que no supo lo que hablaba. ¿Cómo el verbo *varar* podía tener dos significados contrarios, aunque apoyasen el caso un verso de Góngora y la analogía de otros idiomas? Góngora había desbarrado indudablemente.

Repetidas veces declara Saralegui que se guía sólo por el instinto, que quiere prescindir de la etimología y de toda noción de historia o de filosofía del lenguaje. Pero porque así sus juicios se aparten voluntariamente del rigor científico, no carecen de muy estimable valor. Tienen el gran interés de revelarnos el gusto lingüístico de una persona muy docta que se preocupa tenazmente de los fenómenos de expresión; y este gusto lingüístico ejerce la más provechosa influencia en la constitución de la variedad culta de un idioma.

He aquí por qué se lee con tanto provecho en los *Escarceos* la animada, la pintoresca discusión de los encontrados usos lingüísticos que hoy luchan en nuestros escritos y en nuestra conversación.

En fin, los *Escarceos* tienen y tendrán interés como fuente abundante de información. De una parte contienen acopio de materiales en que se pueda estudiar la marcha del neologismo contemporáneo, y de otra parte

reúnen multitud de citas selectas del uso literario antiguo.

Pero el señor Saralegui no dedicó su asiduidad e inteligencia tan sólo a controvertir puntos dudosos del idioma; examinó también muchos detalles y episodios oscuros de nuestra historia, y en esto fué publicista antes que en aquello, aunque siempre modesto y recatado, según era su carácter.

Cuando en 1910 imprimió su *Siluetta del Almirante de Castilla don Alfonso Jofré de Tenorio*, lamentaba nuestro compañero señor Novo y Colson que estuviese casi desconocida la ya apreciable labor histórica de Saralegui. En efecto, antes de ingresar éste en nuestra Academia tenía dadas a luz una porción de monografías: los *Apuntes biográficos del Comisario de Cruzada don Manuel Fernández Varela*, *Un negocio escandaloso en tiempo de Fernando VII*, los *Recuerdos y rectificaciones históricas*, los *Cuadros de Historia*, *El Corregidor Pontejos y el Madrid de su tiempo*, la muy valiosa narración titulada *Una sorpresa en tierra y su desquite en la mar* (esto es, la sorpresa del Peñón por los turcos y el subsiguiente combate naval de Alborán) y el excelente *Perfil biográfico de don Bernardino de Mendoza*. Después continuó su actividad con escritos tan curiosos como *Menudencias históricas*, *El idioma como señuelo*, *Alfonso de Santos Cruz inventor de las cartas esféricas de navegación*, *Lo siento mucho* (discusión del verdadero motor náutico inventado por Blasco de Garay) y otros opúsculos por el estilo.

Varios de estos trabajos están sugeridos por el amor del señor Saralegui a su tierra gallega; en ellos sabía el autor unir el interés regional con el nacional. A alguno

de los trabajos ya mencionados añádanse otros que tienen por protagonistas personajes gallegos como el dedicado a Fernán Pérez de Andrade y el fratricidio de Montiel, o el que versa sobre Payo Gómez Charino, Almirante de Castilla. Otros muchos opúsculos, la mayoría, están informados por el mismo espíritu polémico que guía los *Escarceos*. En fin, todos los trabajos históricos de Saralegui se distinguen, lo mismo que los *Escarceos*, por el escrúpulo en allegar noticias, por la apreciación de ellas, rigurosa y precisa, por la exposición fácil y entretenida que reviste el tono de una conversación amena.

En estos últimos años Saralegui dejó a un lado los temas históricos y trabajó en los lexicográficos, que siempre constituyeron su afición predilecta desde la juventud hasta el fin de su vida.

El señor Rodríguez Marín, al recibir a Saralegui en esta Academia y hacer de él autorizado elogio, nos lo presentaba como hombre modesto, culto y laborioso que se había pegado a los libros en su mocedad y aún no los había abandonado al sobrevenir con sus nieves el invierno de la vejez. Ciertamente no los abandonó nunca, ni aun en medio de los inacabables dolores de la última enfermedad. Póstumo se publicó un artículo suyo, redactado poco antes, y en el cual no se ve decaer esa exaltada viveza que le animaba siempre al tratar las cuestiones en que él creía comprometido el purismo.

Esta perseverancia en el trabajo nos era bien patente. En los respiros que le dejaba su dolencia le hemos visto, el curso pasado, asistir a nuestras juntas y tomar parte muy activa en nuestras deliberaciones, como si todavía no estuviese satisfecho de la colaboración que

durante treinta y tantos años nos venía ofreciendo, y que en los archivos de esta casa queda como duradera memoria suya.

Entre los que le hemos tratado, aparte el recuerdo de la particular amistad del señor Saralegui, quedará muy viva la memoria de este constante compañero de trabajo. Habremos de recordar con afecto cuánto empeño mostraba en su provechosa cooperación a nuestras decisiones y de qué modo en sus pareceres ponía extraordinaria vehemencia y calor, reveladores de su interés por las cuestiones léxicas aquí estudiadas, de su apasionado interés nacido de la más íntima compenetración del ánimo con todo lo que atañe a la pureza del idioma.

Descanse en paz nuestro buen compañero.